



ANITA.

I

APUNTES

Era una noche de norte,
Obscuro estaba el cielo, sin iluminarle
siquiera la luz de intermitentes relámpa-
gos; copiosa lluvia, no de agua, sí de me-
nudos pedriscos y gruesa arena azotaba
con furia las paredes de los edificios, pro-
duciendo en las vidrieras de los balcones y
de las iglesias un sonido semejante al re-
chino de dientes y un agudo silbido, al he-
rir los ángulos de las calles, las cruces de
las torres y los cables de las embarcacio-
nes surtas en la bahía. A esta extraña
sinfonía uníase el crugido de los goznes de

todas las puertas de la ciudad, crugido semejante á un gemido ligero y doliente, y el mugido del embravecido mar. Y todo, así el golpeo constante de las piedras y la arena como el retintín de las vidrieras, así el silbo como los crugidos y los rugidos; todo, decimos, se percibía distintamente, de la manera que se perciben los instrumentos diversos de una inmensa pero bien ordenada orquesta.

Si con ruido tan descomunal hubiera sido posible oír otro menos estrepitoso que el del trueno, habría quizá herido algún oído atento á pesar de la borrascosa, el sordo rumor de unos remos.

Serena en medio de la tormenta, Veracruz parecía un gigantesco fantasma visto á través de un mágico velo, arropado con un transparente sudario negro.

En una calle cuyo nombre no recordamos, de una casa situada en el centro de la acera, frente á frente de un café conocido con el nombre de "café de la Paloma," se abrió un balcón. El reloj del palacio municipal dió una hora.

—¡Ave María Purísima! cantaron los serenos; ¡las once y nublado!

Al balcón de la casa de que hablamos abierta que fué una de las hojas de la puerta, asomóse un bulto. Colgó la cabeza, apoyándola sobre el brazo y mantúvose largo rato así, como embebecido en una profunda divagación.

¿Qué hacía por aquellas horas allí aquella persona, aquella mujer, diremos, pues bien daba su traje á conocer su sexo; qué hacía, decimos, aquella mujer en aquel sitio; á aquellas horas, con el tiempo que hacía, sin asustarse de la obscuridad, sin amedrentarse de la soledad de la calle, sin incomodarla el impetuoso viento?

Tristes y pesados pensamientos cruzaban su mente, á la manera de esos espesos celajes que atraviesan el firmamento poco á poco, impelidos de un aire que no se siente en la tierra.

Entre tanto, un embozado, viniendo por la recova, pasó á la acera opuesta, y ya que hubo llegado frente á frente del consabido balcón, dió una estrepitosa tosidura y se paró.

La mujer del balcón levantó la cabeza é hizo un movimiento, indeliberado al parecer, como para retirarse; pero no se retiró sin embargo: por el contrario, quedóse mirando de hito en hito al embozado.

Este, una vez persuadido de que le habían reparado, echó á andar, cruzó la calle é hizo alto al pie del balcón.

Allí plantado, cuando por la cuenta iba á trabar conversación con la mujer que arriba estaba, oyóse un tiro, prorrumpieron los serenos pitando, y á poco vino un bulto á caer á los pies del embozado.

—¡Jesús! clamó la mujer del balcón,

escapándosele con el susto un pañuelo blanco que en la mano tenía. Y desapareció.

El embozado se fué de allí á todo escape.

Y á poco unos serenos llegaron y cargaron con el bulto.

Y después la calle quedó tan desierta y silenciosa como antes, más desierta y silenciosa todavía.

II

EL PAÑUELO

El día de la noche de que acabamos de hablar, ya pardeando la tarde, la campana del muelle tocó vela, y el telégrafo de San Juan de Ulúa señaló á poco rato una fragata angloamericana mercante, la cual, en alas del norte que comenzaba á picar, no tardó en echar anclas en el puerto.

Más tarde, á cosa de las once de la noche, desatracando un bote del costado de la fragata, bogó, no hacia el muelle sino hacia uno de los recodos de la playa, en donde dos hombres del bote desembarcaron una cajita. Estos dos hombres pasaron á duras penas la carga por encima de la muralla, salvándola también ellos; pero avistados por el centinela del ba'uarte de Concepción, disparóseles un tiro trás tres "¿quién vive?" que no fueron oídos. El tiro alcanzó á uno de los dos hombres que de-

sembarcaban de una manera tan poco regular y el hombre herido fué á caer al pie de un balcón, á un paso de un embozado. Habiendo acudido al ruido los serenos, vendáronle la herida con un pañuelo que sobre él se halló y por pronta providencia, interin condujéronle al hospital San Carlos.

Al otro día se habló mucho en Veracruz de un buen contrabando aprehendido.

El herido no lo había sido mortalmente. Antes de hacersele la primera curación, había recobrado sus sentidos, con harta pesadumbre para el practicante mayor Leiva y sus colegas, que hubieran deseado no tener el trabajo de desvendar, reconocer, aplicar suturas y volver á vendar.

En la mañana siguiente al suceso, presentóse el juez competente en el hospital, é interrogado el herido por medio del escribano, dijo llamarse Pedro Ponz, ser natural de la Habana, casado, de treinta y siete años de edad, católico, apostólico romano; pero sin embargo de su dicho, su acento acusaba un legítimo hijo de Castilla, es decir, un individuo de una casta proscripta, por lo que el juez asomó una maliciosa sonrisa á los labios acompañada de un meneo de cabeza muy significativo, al oírle afirmar que era natural de la "siempre fiel" isla de Cuba.

Y cierto que sobraba con esta circunstancia, la del origen del preso, para que fuese juzgado con toda la imparcialidad del odio.

Interrogado acerca del contrabando y del salto de la muralla, delitos ambos graves, pero menores en concepto del juez que el del origen, negó todo.

Interrogado acerca de un pañuelo con que se le había vendado la herida y que encontraron sobre su cuerpo los serenos cuando lo levantaron de la calle N, debajo del balcón de la casa de Don Fernando Altamirano, no supo qué responder; mas se le pusieron á la vista, arrebatóle con afán y guardósele diciendo que sí era suyo.

El juez no reparó en el ademán del reo, ni tampoco lo advirtió el escribano: tan preocupados estaban con la persuasión del delito de origen, que ya no hacían caso de si el herido podía tener sobre sí otro.

Ello es cierto que el pañuelo, que era blanco y de cambray, tenía una cifra: en una de sus esquinas se leía, formado con seda negra, A. Z.

La suerte que aguardaba al reo no era fácil de prever; pues la pena de todo español que llegaba á la república mexicana, era el inmediato reembarco, si no tenía documentos comprobantes de un fingido origen y sobre todo, oro. El sujeto de que ha-

blamos no parecía tener ni lo uno ni lo otro. Pero la esperanza, ídolo de tontos y discretos, nunca se pierde, ni en las más apretadas coyunturas.

III

EL Y ELLA

A la noche siguiente de aquella de que tenemos hablado en el capítulo I, volvemos á encontrar á la misma mujer en el propio balcón de la misma calle, á cosa de las diez y media.

Poco llevaba ella de estar allí, cuando se vió caer á sus pies un envoltorio pequeño. Asustóse aquella, pero sojuzgada por el diablo de la curiosidad, tan poderoso en el sexo femenino, después de buscar en vano con la vista quién había tirado aquello, alzólo, y al tiempo que trataba de desatarlo para ver lo que contenía, el ruido de una tos conocida la hizo guardárselo precipitada pero disimuladamente en el seno, depósito tan sagrado como seguro de las hijas de Adán y Eva.

En efecto, el sujeto de la noche anterior estaba allí, plantado frente á frente de ella.

—¿Me oye usted, Anita? preguntó con acento inequívocamente español el desconocido.

—Oigo á usted, Hierro, contestó la mujer con la naturalidad y el sonoro acento de las agraciadas y garbosas hijas de Vera-cruz.

—¿Qué determina usted por fin?

—¿Qué fué lo de anoche, dígame vd? dijo Anita tratando quizá de descartarse con la curiosidad, de la pregunta.

—Yo no sé... una muerte... creo que algo de contrabando....

—Pues qué, ¿no vió usted?....

—¡Yo no! Al punto me retiré por no verme luego en declaraciones como testigo.

—¿Entonces usted no recogió el pañuelo que se me voló... con un anillo amarrado en una esquina? ¿no lo vió usted, no lo vió usted caer?

—¿Se le voló á usted un pañuelo?

—¿No lo vió usted?

—No ví nada: como luego luego me fuí....

—¿De veras no lo alzó usted?

—De veras, ni le ví. Pero deje vd. eso á un lado....

—¿El qué?

—Acabe usted de determinarse, vida mía. Se va el tiempo, y quién sabe....

—Han salido, no estoy más que con la vieja que está rezando.

—Ya podía usted bajar, ahora es ocasión....

—¡Ay, no! exclamó con demudada voz Anita.

—¡Oh, sí, cielo mío!

—Deben no tardar ya, replicó la dama tartaleando.

—Por lo mismo, tornó con instancia el galán.

Anita no replicó. Clavó la cabeza entre sus manos, en ademán de entrar en cuentas consigo.

—¡Mañana! dijo después con sofocada voz al hombre que continuaba estrechán-do'a con amantes ruegos.

—¡Mañana! repuso Hierro que habiendo notado la perturbación de su amante tomaba á pechos aprovechar la ocasión. ¿Y si no hay ocasión mañana? Echate con toda confianza en mis brazos ahora, dueño mío; mi palabra te quita todo escrúpulo. Ahí, ya ves, no estás bien; á mi lado, yo que te adoro....

Sintió Anita subírsele quién sabe qué á la cabeza, zumbáronle los oídos, helósele la lengua....

A punto de tomar una determinación, tal vez una de esas determinaciones que sugiere el despecho y el amor apaña, determinaciones, ¡ay! que casi siempre se lloran toda la vida sin poder nunca el eterno llanto ni el agudo arrepentimiento borrar sus mil horrendas consecuencias; á punto, pues, de tomar una determinación quizá loca, vió desaparecerse al galán.

Era que la familia venía desembocando por la calle.

IV

DOS NOVIOS PARA LA NIÑA

Tenía Anita unos diecisiete á dieciocho años.

Era más agraciada que bella, más bien trigüeña que blanca; largas trenzas de un pelo negro como el más hermoso azabache y con visos como el más rico terciopelo; labios no delgados ni tampoco gruesos, pero sí sumamente encarnados; ojos negros como las alas del cuervo, vivos como un relámpago.... Anita era en suma el tipo más perfecto de las deliciosas hijas de Veracruz.

No era la joven de la familia de don Fernando Altamirano, mexicano hasta la médula de los huesos, hombre de unos veinticinco años, de un carácter tenaz y rencoroso, á cuya casa había venido á dar la joven, huérfana y desvalida, por disposición de la autoridad, con el carácter de depositada.

Don Fernando Altamirano, contratista del Hospital San Carlos, era sujeto de proporciones. Tenía á su cuidado una madre avanzada en edad, pero de mucho espíritu, muy rígida en punto á honradez, y tan acérrima enemiga del nombre español como su hijo; en suma, completaban la fami-

lia dos mujeres, hijas de la señora y hermanas de don Fernando.

Don Gumersindo Hierro, sujeto á quien conocía Anita y que en los primeros días de la entrada de ella en la casa tuvo licencia de visitarla, para darle noticias de su padre proscrito, fué en breve despedido.

Don Fernando, el día menos pensado viniendo á reflexionar quizá que el anatema de origen no podía humanamente alcanzar á una muchacha bonita y nacida en suelo mexicano, tomó un día á pechos ganarse su voluntad.

Pero don Gumersindo habiendo una ocasión parado bien la atención en Anita, advirtió que no era mal carada la chica; y como una idea trae por lo regular otra, ocurrióle oportunamente que con llegar á tener un empeño con ella se le proporcionaba saldar cierta cuenta de honor, conciencia y provecho que tiempo hacía tenía pendiente: aplicóse, pues, á cocar á la joven.

Anita, cansada de vivir entre personas extrañas, deseaba con ansia casarse; pero resentida del mal trato que había recibido en casa de don Fernando, aun por parte de éste, en los primeros meses de hallarse en ella, y tomando en cuenta el riesgo que corría con la proximidad del mismo don Fernando, tornó las espaldas á éste.

A la hora que don Gumersindo saltó á la palestra, Anita le admitió.

Hierro, como otro cualquiera en su lugar, no dejó de atribuir este resultado á su propio mérito personal; un hombre muy modesto le habría achacado á coquetería de ella.

Sin embargo, ninguna de las dos suposiciones era acertada. Anita, ya lo dijimos, ansiaba por verse libre, primero del triste pupilaje en que vivía y segundo de las molestias y los riesgos del amor de don Fernando. Por esto le había la joven admitido, no sabiendo por otra parte de él sino que había conocido á su padre de ella y que á su madre le había pasado una reducida mesada mientras vivió: ¿acaso todos los padres de familia tienen la eficacia de imponer á sus hijos en sus negocios?

Entre tanto don Gumersindo no se presentaba á pedirla en casamiento, porque no era bien á bien casarse con ella su legítimo intento, por más que aseguraba que sí.

Por último, lo que hay de cierto es que Hierro se pasaba muy buena vida, estaba muy bien relacionado en Veracruz y se encontraba á punto de saldar su cuenta pendiente y ver así su postrera esperanza coronada del éxito más completo.

V

ENTRE LA ESPADA Y LA PARED

Trastornada la cabeza y latiéndole con extraordinaria violencia las sienes y el corazón, por la crisis en que se había encontrado, Anita se retiró aquella noche á su cuarto más temprano que de costumbre, y pasó una hora torneando en su situación.

Al ir á acostarse, sin advertir cerrar la persiana del balcón, requisito poco usado en Veracruz por los hombres, pero que allí y en todas partes practican las mujeres, sin advertir tampoco cerrar de firme la puerta interior de su recámara; al ir á acostarse, decimos, acordóse del envoltorio que de una manera tan extraña había recibido pocas horas antes y de que había estado hasta entonces olvidada.

Sacóle del seno, desatóle, desenvolvióle

Un pañuelo, suyo propio, y un papel esquela seguramente, era todo lo que contenía, lo que formaba el misterioso lío.

Sobre el pañuelo, no hay nada ya que decir. En cuanto al papel, imaginóse Anita al punto que sería un "billet doux," como dicen los enamorados, una "esquela amorosa," como decimos nosotros los que no tenemos parte en el negocio.

Anita, sentada á la orilla de su cama

desdobló el papel y leyó en él estas palabras, escritas con malísima letra:

Anita, su padre está aquí Hospital San Carlos Zumárraga.

Frió trasudor cubrió el cuerpo de la joven, ofuscósele la vista, andúvosele la cabeza. Al leer por la tercera ó cuarta vez aquel milagroso, aquel increíble aviso que dilataba tanto el alma y que tanto sobrecogía al espíritu, percibió un ruido cerca de sí. Volvió prontamente los ojos y encontróse con los de don Fernando.

—Anita, dijo él con severo acento, ¿qué papelito es ese?

La doncella, asustada de aquella repentina aparición, no acertó á proferir una palabra: tan sólo se quedó con los ojos, con sus hermosos y locuaces ojos clavados en don Fernando.

Pero Dios que presta su poderoso auxilio á las criaturas, Dios que da inspiraciones maravillosas en los momentos de mayor conflicto, sugirió de pronto á la joven una salida eficaz.

—Esta carta, dijo, es de mi padre. A muy buen tiempo ha venido usted aquí, don Fernando; pues estaba yo pensando si usted sería hombre de valerme en este lance apurado.

Don Fernando la miró con una expresión manifiesta de incredulidad.

—¡Alguna patraña! dijo entre dientes al tomar el papel que le alargaba Anita.

Dos ó tres veces pasó la vista por él, siempre con gesto de desconfianza.

—¿Y qué? dijo al fin.

—¿Y qué? replicó la joven. Que mi padre se halla en Veracruz y usted, señor don Fernando, puede proporcionarme verle y....

—¿Y el hombre ese con quien hablaba usted "endenantes?" ¿Quién es?

—No sé de quién dice usted.

—¡Mentira! Por ese hombre me desaira usted, por ese hombre ha recibido vd. mal mi cariño, por ese hombre se burla usted de verme enamorado.

—Yo no pienso en ningún hombre.... Yo no pienso más que en mi padre y... en lo mal que me han tratado en la casa.

—¿Quién la trata á usted mal, Anita?

—Ahora no, pero... Pero lo que me importa es ver á mi padre.

—¡Un "gachupin!".....

—¡Don Fernando, por el amor de Dios!

—¡Y en pago, los desprecios de usted!

—¡No! ¡no! ¡Mi agradecimiento eterno!

—¡Gran cosa!

Anita clavó los ojos en don Fernando como para ver si descubría en su semblante la explicación de su intento. El semblante era adusto, en los labios había una sonrisa irónica.

—¿Pues qué?... murmujeó ella bajando la vista.

—¿No lo sabe usted? ¿no lo considera usted?

—¿Mi a-mor? preguntó la joven tartajeando.

—¡Sí!

—¡Salve usted á mi padre! exclamó Anita rompiendo en llanto.

—¿Y usted?

—¿Y usted?

—Lo salvo, Anita, y me caso con vd.

Anita, llena de entusiasmo, sin atender á lo que hacía, le alargó la mano, que don Fernando, lleno de amor, besó repetidas veces.

En esto, una tercera persona se presentó en la escena, la madre de don Fernando.

Anita y don Fernando se quedaron yertos.

—¡Bueno!... —exclamó la anciana.— ¿Qué escándalo es éste? agregó con severo acento.

Don Fernando se retiró. Siguióle la señora después de lanzar á la joven una mirada furibunda.

VI

UN BUEN AMIGO

Cinco años hacía, si no nos engaña la memoria, que en la república mexicana se había expedido el decreto de expulsión de españoles.

Encomienda es de la historia juzgar á las naciones y pronunciar el fallo sobre sus hechos; á nosotros tan sólo nos cumple consignar aquí, para la inteligencia de los que no lo sepan, que la expulsión produjo lástimas sin cuento.

Don Gregorio Zumárraga, tendero acomodado de Veracruz, pero muy poco relacionado, se vió envuelto en la proscripción como el ave que á la hora menos pensada se encuentra cogida en una red de la cual, si Dios no lo remedia, tiene de pasar indefectiblemente á una jaula, donde ha de permanecer encerrada toda su vida, ó al estómago del voraz bípedo llamado "hombre."

Con todo, don Gregorio no se dejó morir. Con un poco de oro á buen tiempo y discretamente repartido, se consigue todo ó casi todo, lo mismo en la república mexicana que en la más insigne monar-

quía europea: toda la diferencia estriba en la cantidad.

Había en Veracruz un español, don Gumersindo Hierro, hombre trapacero como pocos, capaz como el mejor, de captarse la voluntad de cualquiera. Sea por desidia ó desarreglo, Hierro, mozo de unos dieciocho años y un sí es no es feo, no tenía bienes ningunos, ni giro, ni nada, lo cual le apuraba muy poco, pues tenía metido en la cabeza que había de llegar á ser rico sin necesidad de trabajar.

Don Gumersindo, amigo de don Gregorio, como de todo el que podía darle provecho, se ofreció ponderando su habilidad y valimiento, á conseguir una excepción en favor de Zumárraga, á quien de contado pidió para las primeras diligencias, oro; más oro para las segundas; más y más oro para las postreras, achacando siempre lo fuerte de los desembolsos á la avaricia y mala fe de los mexicanos.

Pero el caso es que el oro de don Gregorio sirvió todo para que Hierro se consiguiese una magnífica excepción primero, para que impidiese á su amigo conseguir otro tanto y para derrochar después; y en último resultado Zumárraga no logró nada absolutamente nada.

Y el infeliz don Gregorio tuvo que hacerse ánimo de marcharse á Europa, dejando á su mujer y una hija recomendadas á la primera familia que le recomendó

Hierro, y sus bienes al cuidado de éste, que tan celoso se había mostrado por sus intereses y tan profundamente condolido de su suerte: ello sí, Zumárraga, confiado en las promesas de su amigo, partió con la persuasión de que no tardaría ni un año en volver, merced á lo cual no se había determinado á llevar consigo á su familia.

He aquí de qué suerte vino don Gumersindo Hierro á ver cumplido su deseo, es decir, á quedar dueño de un caudal regular.

En cuanto á la esposa de don Gregorio, dos años después, no viendo volver á su marido, privada aun de noticias de él, murió de pesadumbre.

VII

DESENLACE

Hacia una mañana apacible y serena. Las hermosas campanillas lucían su morado pétalo; los vistosos leles hacían alarde de sus numerosos estambres purpúreos, y la nerviosa sensitiva garbeaba con sus preciosas borlas blancas y rosadas.

Dos personas, hombre y mujer, salían muy de mañana de la casa que queda frente á frente del muy conocido "café de la Pa'loma."

Llevando él á ella del brazo, tomaron

la calle de la Alhóndiga, pasaron por el costado de la Parroquia, luego por enfrente de esta, después por Santo Domingo, en fin, cruzando calles y más calles, llegaron al hospital San Carlos.

Ya que estuvieron á la puerta de este edificio, que no tiene por cierto nada que llame particularmente la atención, el hombre mandó llamar al señor administrador de parte de don Fernando Altamirano. Presentóse á poco un hombre, chico de cuerpo, regordete, rubio, de complexión escocesa: saludó con empacho y murmuró por entre sus "apócrifos" dientes las palabras corrientes de una buena crianza.

—Señor don Vicente, díjole el acompañante de la dama, después de la cortesía y el apretón de manos de estilo, vengo á ver si usted me hace el favor de que veamos á un señor Zumárraga, un español que tiene usted aquí.

—Si señor, lo que usted guste, don Fernando.

Y así diciendo, el administrador condujo á don Fernando á la pieza donde se llevaba el registro de entradas, en el cual registro, con indecible sorpresa para Altamirano y Anita no se halló ningún apellido de Zumárraga.

Sin embargo, tanto insistieron y preguntaron, que fué preciso conducirlos á la presencia de un español herido llamado Pedro Ponz, único que hubiera allí.

Don Pedro Ponz se llamaba, como tal vez lo pensaba ya el lector, don Gregorio Zumárraga.

¡Contemplese el contento de la hija y del padre al verse, al abrazarse después de cinco años de ausencia! Este contento, este júbilo supremo, es de la media docena de cosas que nuestra pluma no sabe describir: luego, ¿hay por ventura una hija ó un padre que no sea capaz de hacerse cargo de de él, de una manera más cabal que con la descripción más natural y patética del más diestro de los escritores?

Como íbamos diciendo, ia hija halló al padre, el padre encontró á la hija.

Por demás nos parece agregar que Anita impuso á don Gregorio de su compromiso y de sus esperanzas con don Fernando; pero no consideramos que también esté demás informar al lector de que don Gregorio se había mudado nombre y origen por justa precaución, que no era él en realidad contrabandista y que no tenía noticia de lo que había hecho Hierro de sus bienes. De suerte que al saber que su hija no era atendida con cantidad alguna de dinero y que apenas había recibido su mujer unas reducidas mesadas después de haber vivido sin saber su paradero advirtió don Fernando que Hierro había apropiádose de sus bienes, y que convenía sacar cuanto antes un testimonio de la escritura que él, don Gre-

gorio, había mandado extender antes de su partida.

EPÍLOGO

Don Gregorio Zumárraga, por las diligencias de don Fernando Altamirano y sus amigos, logró una excepción.

Don Gumersindo Hierro perdió los bienes que se había apropiado, y sólo á la clemencia de Anita debió no ir á presidio, por el abuso de confianza de que era reo.

Anita se desposó con don Fernando y vivió muy feliz en unión de éste y de su padre.



Jugar con dos Barajas.

I

QUIEN ES ELLA

En los días de la invasión extranjera, cuando todavía el ardimiento desplegado por nuestros generales en las reyertas intestinas daba margen á esperar algo provechoso del ejército, si no por la conciencia del deber, á lo menos por el instinto de propia conveniencia, vivía en México una familia, ni rica ni pobre, pero respetable, oriunda de Jalapa.

Componíanla un anciano, de antecedentes tal cual equívocos en la carrera de Marte; su mujer, legítima consorte, á cuya conducta indefinible se atribuía la prematura é irregular emancipación de una de las hi-